

JUAN BAUTISTA IGUINIZ VIZCAINO

Natural de Guadalajara, Jal., en donde nació el 29 de agosto de 1881, fallece ahí mismo el 18 de diciembre de 1972.

Bibliógrafo, historiador. Ocupó la Subdirección de la Biblioteca Nacional durante muchos años distinguiéndose por su honestidad y laboriosidad. Más tarde fue Director de la misma y también Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma, del cual es el Decano actualmente.

Hombre sabio y laborioso ha trabajado intensa y pacientemente en el campo de la historia y de la bibliografía, habiéndonos dejado obras que le consagran como uno de los más eminentes bibliógrafos mexicanos. Es proverbial su modestia y generosidad.

Entre sus innumerables obras, podemos mencionar las siguientes: *La imprenta en la Nueva Galicia, 1793-1821. Apuntes bibliográficos* (1911); *Apuntes biográficos del Dr. don Francisco Severo Maldonado* (1911); *El colegio de San Juan Bautista de Guadalajara* (1912); *Las publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Apuntes histórico-bibliográficos* (1912); *El Ilustrador Nacional* (1912); *La Biblioteca Palafoxiana de Puebla* (1913); *Catálogo de pseudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos* (1913); *Ex-libris de bibliófilos mexicanos. Colección formada por el Dr. Nicolás León y continuada e ilustrada con notas biográficas por...* (1913); *Los historiadores de Jalisco. Epítome bibliográfico* (1918); *Vocabulario de términos bibliográficos* (1919); *Instrucciones para la redacción y formación de los catálogos bibliográficos según el sistema de Melvil Dewey adaptadas a las bibliotecas hispano-americanas* (1919); *Elementos de bibliografía y biblioteconomía* (1923); *Bibliografía de novelistas mexicanos. Ensayo biográfico, bibliográfico y crítico* (1925); *Los marqueses de Uluapa. Monografía genealógica* (1929); *Bibliografía de viajeros mexicanos en el extranjero* (1929); *Bibliografía biográfica mexicana T. I. Repertorios biográficos* (1930); una segunda edición notablemente aumentada ha terminado en el año de 1966; *El periodismo en Guadalajara. 1809-1914. Recopilación de datos históricos, biográficos y bibliográficos* (1932); *Algunas bibliografías biográficas mexicanas* (1933); *La imprenta en la Nueva España* (1933); *El primer libro impreso en México* (1933); *La Biblioteca Nacional de México* (1940); *Don Jesús Galindo y Villa. Elogio leído en la sesión consagrada a su memoria el 28 de enero de 1938* (1942); *Disquisiciones bibliográficas. Autores. Libros. Bibliotecas. Artes gráficas* (1943); *Bibliografía de los escritores de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús desde su restauración en 1816 hasta nuestros días* (1945); *El Libro. Epítome de*

Bibliología (1946); *Guadalajara a través de los tiempos. Relatos y descripciones de viajeros, y escritores desde el siglo XVI hasta nuestros días*, 2 v (1950-55); *Catálogo de las obras de y sobre Sor Juana Inés de la Cruz existentes en la Biblioteca Nacional* (1951); *Breve historia de la Tercera Orden Franciscana en la Provincia del Santo Evangelio de México, desde sus orígenes hasta nuestros días* (1951); *Monseñor Valverde y Téllez, Bibliófilo y Bibliógrafo* (1952); *El periodismo en Guadalajara. 1809-1915*, 2 v (1955); *Bibliografía del Señor Pbro. don Agustín Rivera Sanromán* (1959); *Esbozo biográfico y bibliográfico de don Agustín de la Rosa* (1959); *Léxico bibliográfico* (1959); *La antigua Universidad de Guadalajara* (1959); *Catálogo bio-bibliográfico de los doctores, licenciados y maestros de la Antigua Universidad de Guadalajara* (1963); *Disquisiciones bibliográficas. Autores, libros, bibliotecas, artes gráficas. Segunda serie* (1965); y otras más así como nutridos artículos.

Su bibliografía recogida por su hija Lucero y preparada por José Luis Rubluo Islas va a ser publicada próximamente por la Biblioteca Nacional en un libro de homenaje.

Se han referido a él: Victoriano Salado Alvarez, "Catástrofe bibliográfica", *Excelsior*, 13 de julio 1925; y el mismo autor "Un bibliógrafo nacional", *El Informador de Guadalajara*, 1922; Francisco González Guerrero, "Autores y libros", *El Universal*, 15 de junio de 1946; Raúl E. Puga "Incursión por el mundo de los libros", *Nosotros*, 9 de julio de 1949; Rubén Villaseñor Bordes, "Las artes gráficas en Guadalajara", *Estudios Históricas*, No. 3, enero 1944, J. I. Dávila Garibi publicó un opúsculo en su honor titulado: *Congratulación al erudito historiador y bibliógrafo, Juan B. Iguíniz con motivo de sus bodas de oro de escritor para el público*, México, Editorial Cultura, 1959, 16 p.

Fuente: Juan B. Iguíniz Vizcaíno. *Monseñor Valverde Téllez bibliófilo y bibliógrafo*, en *Fondo "Valverde Téllez"*. *Un acervo bibliográfico al servicio de México*. Monterrey, N. L., Biblioteca de la Universidad de Nuevo León, 1952. 32 p. Il. p. 19-32.

MONSEÑOR VALVERDE TELLEZ, BIBLIOFILO Y BIBLIOGRAFO

Allá por los años de 1880, se veía con frecuencia en el pintoresco mercado del Volador y en la plaza del Seminario de la ciudad de México a un joven colegial del Clerical de Señor San José, de baja estatura, de complexión robusta y de color sonrosado, que aprovechando los días de asueto recorría con ojo escrutador aquellos sitios, pletóricos de libros de lance, en los que se hallaban empolvados y hacinados en completa con-

fusión el *Catecismo* de Ripalda, las novelas de Dumas, las *Catalinarias* de Cicerón y las poesías de Plaza.

Aquel joven, cuyo amor al libro se despertó desde que inició sus estudios, después de sus correrías bibliográficas volvía a su Colegio con uno o más volúmenes bajo el brazo como producto de sus búsquedas y adquisiciones, según se lo permitían los escasos recursos de que disponía, y al llegar los hojeaba, los admiraba y al fin los leía reposadamente, recreándose con su contenido y saboreando sus trozos selectos, ávido de satisfacer su noble ambición de leer.

Nadie se hubiera imaginado que aquel estudiante cazador de libros llegaría a ser con el tiempo uno de los más ilustres prelados de la Iglesia Mexicana, el primer historiador de nuestra filosofía, el prestigiado bibliófilo y el insigne cultivador de las letras, el Excmo. y Revmo. señor doctor don Emeterio Valverde Téllez, dignísimo Obispo de León.

Así comenzó Monseñor Valverde a poner los fundamentos de su riquísima y vasta biblioteca, que en el transcurso de los años llegaría a convertirse, tanto por el número, como por la calidad de las obras que la integraban, en una de las más copiosas y selectas reunidas en nuestros días por particulares. En una de las sabrosas pláticas que sostuvimos con él, nos refirió con el donaire que lo caracterizaba, que en cierta ocasión adquirió en un puesto de libros un flamante Virgilio salido de las prensas de un famoso tipógrafo europeo, en la irrisoria suma de setenta y cinco centavos. Volvió a su Colegio ufano de su adquisición, mas le asaltaron los escrúpulos en vista de lo bajo del precio de su compra, lo que no tardó en comunicar a su director espiritual, quien lo tranquilizó diciéndole que si el librero le había pedido tal cantidad, debió haber adquirido la obra cuando mucho en la cuarta parte.

Pasaron los años y con ellos la afición de Monseñor Valverde por los libros fue en aumento. Ordenado sacerdote y sucesivamente nombrado catedrático del Clerical, investido con la cura de almas de varias parroquias y elevado más tarde a altas dignidades eclesiásticas, pudo satisfacer con desahogo su pasión por los libros y estuvo en condiciones de adquirir no sólo ejemplares de segunda mano como en sus mocedades, sino obras magníficas que poco a poco fueron colmando los anaqueles de su cada día más famosa biblioteca.

Sus aficiones bibliográficas se concretaron en un principio a las Humanidades, a la Filosofía y a las Ciencias Eclesiásticas, pero con el tiempo prestó también decidida atención a

nuestra Historia, a la Bibliografía y al Arte en sus distintos aspectos y manifestaciones. ¡*Qué tesoros logró reunir sobre estas y otras manifestaciones!* ¡*Qué tesoros logró reunir sobre estas y otras materias, cuya relación ocuparía muchas páginas!* Ediciones preciosas, tanto antiguas como modernas, ejemplares raros, manuscritos valiosos, encuadernaciones ricas y artísticas y multitud de curiosidades bibliográficas, que constituían las delicias de su dueño, que gozaba en mostrar a sus amigos y en admirar y comentar con ellos las bellezas y particularidades de las obras más selectas y estimadas que había acopiado a costa de años, sacrificios y fatigas.

Suele acontecer que el bibliófilo degenera en bibliómano y que no vea en el libro sino el valor material que representa. Monseñor Valverde jamás cayó en semejante defecto, porque no amaba al libro por el libro, sino que lo justipreciaba en su verdadero mérito, tanto intrínseco como extrínseco, circunstancias que no es frecuente se hallen reunidas en un solo individuo. El libro no era para él un objeto meramente decorativo que sólo sirve, como en tantos casos, para adornar salones y hacer vana ostentación de la cultura ficticia; todo lo contrario, fue un bibliófilo en el sentido estricto de la palabra, tal como lo define Rouvyere, es decir, "el que llena todas las condiciones de gusto, de arte y de ciencia para discernir el valor intelectual y material de los libros".

Además fue un gran lector, que poseía y practicaba el arte de leer, por desgracia tan olvidado en nuestros días, en que los que se precian de lectores se convierten en devoradores de libros sin sacar de ellos el provecho que debieran. Así lo demostró siempre en la práctica, y lo dejó consignado en su precioso *Decálogo al lector*, que en marco de oro debería conservarse en todas las bibliotecas, cuyo último precepto dice a la letra: "... Finalmente si hemos de ser buenos lectores, nuestra cabeza ha de ser como una bien ordenada biblioteca, en la que las ideas no se atropellen y confundan, sino que cada una ocupe su propio lugar, en donde sin esfuerzo la hallamos siempre que queremos aprovecharla en la escritura, en el discurso y aún en la simple conversación. Ha de ser, vuelvo a decir, como una biblioteca bien organizada, a fin de que en cualquier ocasión recordemos con oportunidad en qué libro, en qué capítulo, en qué párrafo podamos refrescar los datos almacenados en la memoria."

Para Monseñor Valverde la Biblioteca tenía miras y funciones altísimas. De su bellísima Conferencia leída en 1923

al inaugurarse la Biblioteca de las Damas Católicas de León, entresacamos el párrafo que sigue, en el que se hallan definidas sus ideas a este respecto. Dice así: "¿Cuál es el objeto de esta biblioteca? Es el de tener un lugar provisto de elementos necesarios, para solazar el espíritu con sana lectura, para enriquecer la inteligencia con sólidos y útiles conocimientos, con ideas suculentas y templar el carácter; y todo, a fin de que la existencia no sea estéril, sino fecunda en favor de la Iglesia y de la Patria, en pro de la sociedad, para ayudar a salvarla del naufragio a donde la empujan y precipitan las impetuosas corrientes del mal, es decir, las falsas doctrinas y las costumbres corrompidas."

Al ser nuestro bibliófilo en 1909 sublimado a la dignidad episcopal y ungido Obispo de León, cuya importante Diócesis rigió con singular acierto y verdadero espíritu evangélico durante casi 40 años, trasladó su biblioteca a su sede, donde la instaló y continuó enriqueciéndola, ora con constantes compras, ora con valiosas donaciones, hasta lograr reunir un acervo de unos veinte mil volúmenes, número bastante respetable para una librería privada, y que deseamos no vayan a ser dispersados, sino que se conserven reunidos a fin de que, dada su homogeneidad, puedan ser debidamente aprovechados.

Tan ilustre prelado no fue un bibliófilo avaro de sus tesoros, ni coleccionaba libros sólo para su propio regalo y satisfacción, sino que, animado del espíritu de generosidad que siempre le fue peculiar, abría las puertas de su biblioteca y acogía con benevolencia no sólo a los íntimos, sino a todo aquel que deseando saciar su sed de saber, quería beber en aquella fuente bien colmada y rebosante de sabiduría. En más de una ocasión se lamentó con nosotros de que sólo unos cuantos se acercaban y acudían a su biblioteca, no obstante las reiteradas instancias que hacía para ello a toda clase de personas, cuya apatía por la lectura lo sorprendía y lo dejaba confundido.

A nosotros nos cupo la suerte de conocer tan preciada biblioteca en 1912. En la Semana Santa de ese año visitamos por primera vez la simpática ciudad de León, invitados por nuestro inolvidable amigo y también bibliófilo el señor Pbro. D. Luis G. Gordo, quien nos alojó a cuerpo de rey en su residencia de la calle Pacheco. El nos presentó a tan dignísimo prelado, a quien sólo conocíamos a través de sus valiosos escritos, y que sin merecerlo, nos colmó de atenciones, nos sentó a su mesa y nos brindó su amistad, dejándonos cautivados con su trato amabilísimo, su vasta erudición y su felicí-

sima memoria. Además nos mostró sus tesoros bibliográficos, poniendo en nuestras manos algunas de sus piezas más valiosas que admiramos con gran satisfacción y verdadero placer. Desde entonces nos ligó una sincera amistad, de la que nos sentimos altamente honrados y que no llegó a romperse ni alterarse, y aprovechando nuestras frecuentes visitas a esa ciudad, no perdíamos ocasión de visitarlo y pasar largas horas a su lado en amenas y sabrosas pláticas, que al par que nos deleitaban nos instruían, hasta que el estado agónico en que lo encontramos en nuestro reciente viaje nos impidió besar una vez más su anillo pastoral y recibir su postrera bendición. Igualmente se inició entre ambos una correspondencia bibliográfica que sostuvimos durante largos años y que no se interrumpió sino hasta pocos meses antes de su nunca bien llorada muerte.

No transcurrieron muchos años sin que Monseñor Valverde sufriera una honda pena al verse obligado por la revolución a abandonar su diócesis y saber que había sido ocupado por la soldadesca su palacio episcopal, siendo su biblioteca dispersada, yendo a parar a sitios ignorados. Afortunadamente no faltaron manos piadosas que se ingenieran en averiguar su paradero, logrando rescatarla y conservarla religiosamente hasta el regreso del Prelado, quien se vio en la necesidad de reinstalarla y reorganizarla a costa de no pocos trabajos, dado el desorden en que, como se comprenderá, hubo de encontrarla. Según él mismo nos lo refirió, relativamente fueron pocos los volúmenes que se extraviaron, y en cambio, con sorpresa descubrió que algunas obras no eran suyas, cuya procedencia nunca logró averiguar.

Su pasión por el libro y por el estudio no se extinguió sino con su vida. No desaprovechaba el menor momento que le dejaban libre sus graves ocupaciones para recogerse en su biblioteca y estudiar a todo su sabor en vez de entregarse al descanso que bien lo necesitaba, habiendo llegado a valerse de ingeniosas estratagemas para lograr que nadie interrumpiera su tarea. Desde su juventud siempre fue el trabajador incansable que conocimos, y su actividad en vez de menguar con los años fue en constante aumento, considerando quizás que a medida que transcurrían los días, naturalmente su vida se acortaba, y por lo tanto era preciso ser más avaro del tiempo. Ni en los postreros momentos olvidó su obsesión por los libros; pues todavía en la víspera de su muerte, deseó escuchar la lectura de un libro ascético, aunque no fue posible

complacerlo, dado el estado de suma gravedad en que se encontraba.

De la bibliofilia a la bibliografía no hay sino un paso, o mejor dicho, aquella afición sirve regularmente de preparación a esta profesión. El bibliógrafo no es, como generalmente se cree, un registrador mecánico de títulos de libros sin mayor competencia que la que puede poseer un simple copista. Nada más inexacto: el verdadero bibliógrafo necesita para desempeñar debidamente y a conciencia su cometido, aparte de un perfecto conocimiento del libro, una amplia cultura general, una vasta erudición bibliográfica, el conocimiento de varias lenguas y un espíritu acucioso, porque la bibliografía, según el sentir de Werdet es "una ciencia de exactitud y de detalles minuciosos". Todas estas condiciones las poseía en alto grado nuestro ilustre bibliógrafo, como suficientemente lo demostró en sus obras.

Por otra parte, asienta Carlos A. Romero, "no hay ciencia más árida para quien la cultiva ni más útil para quien de ella necesita aprovecharse, que la Bibliografía: el bibliógrafo dedica su vida entera a copiar libros, escudriñar archivos, coordinar apuntes, emitir juicios y marcar e indicar derroteros para el común aprovechamiento, sin que entre en su labor para nada la imaginación; pero como el campo de sus investigaciones es tan vasto y no es posible una peregrinación mundial por todas las bibliotecas y archivos existentes, su labor no resulta nunca perfecta, dejando siempre abiertos los flancos de la crítica". Mas el que ama los libros y tiene vocación por darlos a conocer, en medio de tales escollos, encuentra un placer que sólo puede percibir el que ha pasado su vida en las bibliotecas y sabe apreciar las bellezas y preciosidades que encierran las muchas veces roídas y mancilladas hojas de los libros.

Monseñor Valverde con su copia de erudición recogida en varios años, pudo presentar sus primicias en sus *Apuntaciones históricas sobre la Filosofía en México* (México, 1896), descubriendo sus aptitudes de acucioso investigador. Prosiguiendo su tarea continuó ilustrando la bibliografía nacional con su *Crítica filosófica o estudio bibliográfico crítico de las obras de Filosofía escritas, traducidas y publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días* (México, 1904). Ambas obras, dada la novedad de sus temas y el acopio de datos y noticias que suministran para el conocimiento de nuestro movimiento filosófico, fueron recibidas con marcado beneplácito

por los hombres de ciencia, tanto del país como del extranjero.

Día a día aumentaba su erudición bibliográfica debido a su incansable laboriosidad; en todos los lugares donde se hallaba, en sus viajes por el país y el extranjero, y después de sus visitas pastorales, no desaprovechaba la ocasión de tomar nota, de apuntar un dato y de recoger cuantos elementos de trabajo podía allegar a las manos, materiales que fue reuniendo y ordenando metódicamente según las normas trazadas por los maestros en la materia.

Su concepto acerca de nuestra bibliografía lo expuso en 1905 en su Discurso de recepción en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en las líneas que copiamos: "Para que la recolección de los frutos sazonados en el fértil campo de la cultura nacional sea completa, hay que explorar otro sendero, a saber: que tras de buena y oportuna clasificación de los conocimientos humanos en orden al fin indicado, se escriban las bibliografías particulares, según las materias, teniendo en cuenta el adelanto general de las ciencias en el mundo, el avance de las mismas en el patrio suelo, y el valor y la influencia de cada escritor, ya como simple participante del movimiento intelectual de su época, ya como propagandista de nuevas ideas; ora como perfeccionador de antiguas enseñanzas, ora como inventor de alguna solución o de alguna nueva hipótesis para explicar los problemas de la humanidad. Este llamamiento de la bibliografía nacional ante el método y ante la crítica filosófica hará, sin duda, que el tesoro de los datos se acreciente y que no nos salgan al paso sabios infortunados, que por su modestia o por el carácter del medic en que vivieron, se les vio con desdén; otros quizá tendrán que descender de un pedestal que no merecieron."

Consecuente con sus ideas, formó y sacó a la luz su *Bibliografía Filosófica Mexicana* (México, 1907), obra de grande aliento y no menor erudición, en la que por vez primera se catalogó nuestra producción bibliográfica acerca de tan importante materia, habiéndose revelado su autor en ella como habilísimo investigador y experto bibliógrafo.

Se hallan debidamente clasificados en dichos libros todos nuestros cultivadores de la Filosofía, desde el inmortal Fray Alonso de la Veracruz, que en el siglo XVI plantó en nuestra patria la simiente filosófica, hasta los contemporáneos, que en los comienzos de la presente centuria escudriñaron los arcanos de tan alta ciencia. Desde aquellos que con nobles fines

han guiado a la inteligencia por caminos seguros hacia la verdad, hasta los que con miras torcidas han conducido la mente por sendas tortuosas hacia el error. Es decir, aparecen todos los propugnadores e impugnadores de los distintos sistemas filosóficos, cualesquiera que hubieren sido los móviles que los impulsaron a esgrimir la pluma y cualesquiera el valor científico que representan sus escritos.

No se limitó su autor a incluir las producciones de carácter filosófico de los especialistas en esta ciencia, sino que consignó todos sus trabajos intelectuales aunque fueren de otra índole, con el objeto de que el lector se formara de ellos una idea más completa y que el material reunido fuese útil a los continuadores de nuestra bibliografía, particularmente en lo referente al siglo XIX. Además, contiene no sólo las obras filosóficas originalmente escritas por autores mexicanos, sino también las escritas en México por extranjeros, y hasta las traducciones y reimpressiones, formando en conjunto un copioso arsenal bibliográfico, utilísimo desde diversos aspectos a los hombres de letras.

Partiendo del principio de que no existe una bibliografía completa, es imposible que un estudio de tal naturaleza y que por primera vez se abordaba, resultara perfecto ni aun humanamente hablando. Fue su autor el primero en reconocerlo, así, no habiendo tenido empacho en hacer con toda sinceridad la confesión que sigue: "A pesar de lo extenso de este catálogo, formado en muchos años de paciente al par que afanosa curiosidad, creemos que todavía está muy lejos de ser completo. ¿Cuántos manuscritos habrá por ahí en bibliotecas públicas y privadas, además de los que hayan perecido? ¿Cuántos libros y folletos no conoceremos salidos de la prensa de los Estados?

Tan importante *Bibliografía* vino a llenar un vacío que de tiempo atrás se advertía en nuestros centros de estudios, y hasta la fecha ha venido sirviendo de guía segura y precisa en sus búsquedas e investigaciones a los laboradores del campo filosófico en sus variados y distintos aspectos. A su autor le valió su obra calurosas y espontáneas felicitaciones de altas personalidades del mundo científico, como el cardenal Mercier, insigne reformador de los estudios filosóficos; don Marcelino Menéndez y Pelayo, genial polígrafo español; el doctor Porfirio Parra, director de nuestra Escuela Nacional Preparatoria, y otros muchos hombres de letras.

Monseñor Valverde no se durmió en sus laureles, sino que

aspirando a completar y perfeccionar su obra, continuó acopiando materiales con la mira de publicar algún día una nueva edición, en la que aparecieran colmadas las lagunas y corregidas las deficiencias de la primera. Al fin logró sus deseos, consiguiendo ver reimpressa su obra en la ciudad de León, en la tipografía de Jesús Rodríguez, en dos tomos en cuarto de xl, 511 páginas el primero y de 551 el segundo. Sólo por su volumen se advierte que esta edición es mucho más completa que la anterior; está continuada hasta la fecha de su aparición y enriquecida con numerosas biografías, muchas de ellas originales, y la inserción de varias piezas inéditas; en cuanto a su parte externa, si no está bien presentada, sí ejecutada con más corrección que la primera.

El anhelo de Monseñor Valverde por dar a conocer la producción bibliográfica nacional constituía en él una verdadera pasión, y a la postre, cuando ya su naturaleza comenzaba a flaquear, acogió la idea de recopilar y catalogar las obras escritas por el clero a partir de la consumación de la independencia hasta nuestros días. Tarea de tal naturaleza, dada su magnitud, y que hubiera pasmado al más atrevido y paciente investigador, no le arredró en lo más mínimo a nuestro bibliógrafo, sino que, dada su actividad ingénita, y sus múltiples atenciones episcopales, recordando quizás sus arrestos juveniles, puso manos a la obra, siguiendo al pie de la letra el antiguo proverbio de *nulla dies sine linea*. Y efectivamente, con un tesón digno de ser imitado, reunió los elementos necesarios y procedió como buen artífice de las letras, a redactar y clasificar las fichas bibliográficas, tarea en la que empleó largos ocho años. La bautizó con el modesto título de *Apuntaciones bio-bibliográficas de los Obispos y de algunos sacerdotes mexicanos posteriores a la independencia*, pero al fin por insinuación de alguien lo cambió por el definitivo.

Entre tanto, fue herido por traicionera enfermedad, que lo obligó a permanecer tres años en el lecho del dolor casi imposibilitado para el trabajo, y reducido casi a la inacción. Cuantas luchas se hicieron a fin de que reaccionara fueron en vano, y la ciencia se declaró derrotada ante la voluntad divina: su misión había terminado. Ya que no le fue dado poner remate a su obra en preparación, determinó publicar el material acopiado e hizo gestiones para ello, habiéndolo arreglado todo favorablemente.

Encomendó la tarea de la publicación al R. P. José Bravo Ugarte, de la Compañía de Jesús, erudito historiador y muy

experto en achaques bibliográficos, quien aceptó gustoso tan delicada tarea, y para realizarla emprendió varios viajes a León a fin de ponerse al habla con Su Excelencia y recoger el material de la obra, que propiamente no se hallaba listo para entrar en las prensas. Con gran diligencia y poniendo en juego todo su empeño, el P. Ugarte, en poco tiempo logró realizar su cometido de acuerdo con las siguientes bases: "Aun cuando repetidas veces fuimos autorizados por el respetabilísimo autor de la Bio-Bibliografía a que hiciéramos cuantas correcciones y adiciones nos parecieran convenientes, hemos sin embargo seguido estas normas. Primera: comunicarle al autor lo que fuéramos a corregir o adicionar, para que él hiciera suyas las correcciones o adiciones. Segunda: dado el empeño que hay en que la Bio-Bibliografía salga en vida de su autor, no hacer más adiciones que las que fácilmente pudieran hacerse sin retardar la publicación. Tercera: algunas bibliografías que debían aún ordenarse, se ordenaron en lo posible.

Una vez concluidas las tareas de revisión y arreglo de los originales, fueron éstos entregados a la Editorial Jus para su publicación, en cuyos talleres se procedió a su impresión con toda habilidad bajo la vigilancia del P. Bravo Ugarte, habiéndose logrado ponerle remate el 10 de febrero del año 1949, mes y medio después del sensible fallecimiento de su benemérito autor, a quien no cupo la suerte, como tanto lo deseó, de verla impresa, ni de acariciar con sus manos su postrer homenaje a la Iglesia y a la Patria.

Con fecha de 18 de diciembre de 1947, nuestro venerable amigo se dignó comunicarnos a este respecto lo que sigue: "Ahora tengo una gran noticia que darle y es que al cabo de prolijas gestiones hechas por Monseñor Villanueva con la Editorial Jus, S. A., ya está en prensa mi *Bibliografía Eclesiástica Mexicana*", que aparecerá en tres volúmenes de 900 páginas cada uno, haciendo una edición especial de 150 ejemplares a lo más y otras de quinientos ejemplares de menor clase. Naturalmente que como usted ya sabe, el original ha sido revisado y corregido por el R. P. Bravo Ugarte, y él vigilará la edición, porque así se lo he suplicado dada la imposibilidad en que yo me hallo de atenderla personalmente y fiándome por completo del sabio y joven historiador. Me asegura la Editorial con la que firmé el contrato que en agosto del próximo año estará terminada la obra, si Dios quiere, y quiera El también prolongarme hasta entonces la vida para

tener la satisfacción de ver logrado uno de mis más nobles ideales.

“Aquí me tiene usted en mi camita acostado de la hemiplejía y sitiado además por el frío del invierno que va iniciándose con mucha crudeza y por tanto obligándome a defenderme cuanto es posible para no contraer nuevos achaques que me agobien y me arruinen más; y entre tanto paso mi vida ofreciéndole a Dios Nuestro Señor mis días y noches de enfermo inválido y gasto mi vagar con nuestros incomparables y fidelísimos amigos, los libros.”

Los móviles que impulsaron a nuestro bibliógrafo a emprender la formación de tan erudita obra, los dejó consignados en su Proemio, del que entresacamos el párrafo que sigue: “La bibliografía eclesiástica mexicana, aún limitándola al siglo y años que llevamos de independencia, es abundantísima, y espera a los felices investigadores bibliófilos que vengan a formarla. Existen ya a este respecto trabajos aislados, y nosotros mismos en esta obra labramos sillares para la construcción del futuro edificio. Los obispos, a ejemplo de los Apóstoles y por prescripción de la Iglesia, están en continua comunicación con sus diocesanos por medio de cartas, edictos e instrucciones pastorales; documentos que a veces constituyen tratados magistrales de dogma, de moral, de apologética, de legislación y de jurisprudencia. También entre los sacerdotes hemos tenido teólogos, filósofos, sociólogos, historiadores, filólogos, sabios en ciencias naturales, literatos y oradores; la fama ha llevado los nombres de algunos más allá de nuestras fronteras; otros acaso por pobreza y por modestia no publicaron sus escritos, o los dejaron hundidos en el maremagnum en las efímeras hojas de revistas y periódicos, de donde no habrá mano piadosa que los salve; sin embargo, a la noble tarea de salvamento hemos empleado nuestro tiempo escribiendo estas apuntaciones.”

La primera parte de la obra es la más completa, y en lo que respecta a la segunda, figuran únicamente personalidades de primer orden. Que adolece de fallas y omisiones, no podemos negarlo, mas queremos hacer hincapié en que no le fue dado a su autor completarla, ni darle los últimos retoques; no obstante, constituye un repertorio bibliográfico riquísimo, que indudablemente será de grande utilidad a los hombres de letras, como poderoso auxiliar en sus investigaciones y labores.

Con grande amor, aunque a toscas pinceladas hemos bosque-

jado la magna labor del Excmo. Sr. Valverde en el campo de la Bibliografía, en la que empleó largos años de su vida con una actividad y una constancia sorprendentes. Labor ímproba, lo repetimos, digna de equipararse a las de Eguiara y Beristain, Ramírez y García Icazbalceta, Andrade y León. Su nombre lo recogerá la historia y figurará con honra a la vera de los de aquellos eminentes maestros, de quienes fue émulo, cuyas huellas siguió y cuya obra continuó.